

I

Hace dos meses

Manhattan, Nueva York

Edificio de la Secretaría General de la ONU

Carl Orff. Se encontraba descansando en la *chaise longue* de piel color *camel* de su despacho mientras escuchaba la obra maestra del genial compositor. Tenía el volumen elevado, quería aislarse del mundanal ruido. Los ojos cerrados, el ceño fruncido, fruto de la intranquilidad que le producían sus pensamientos. Sentía predilección por el fragmento *O Fortuna*.

Encima de su enorme y elegante escritorio había multitud de expedientes, todos ellos abiertos en escrupuloso orden:

«Nuevo episodio violento en Oriente Próximo: un atentado se salda con decenas de muertos y heridos en la catedral siro-católica de Bagdad. El Papa condena el atentado».

«Persiste el drama en gran parte del continente africano. La hambruna se adueña de los países más pobres: se estima que cada veinte segundos muere un niño por inanición».

«Enfrentamientos en el campamento saharauí de Agdaym Izik con las fuerzas de seguridad de Marruecos, según informa la Comisión de Derechos Humanos de la ONU».

«Provocación de Corea del Norte: construcción de una nueva planta nuclear que incumple de nuevo la resolución de las Naciones Unidas».

«Brote de cólera en Haití: 1 250 muertos y 53 000 personas atendidas en centros médicos. Se carece de la necesaria

cantidad de medicamentos».

«Efecto contagio en el mundo árabe: las revueltas generalizadas en los alzamientos contra las dictaduras acumulan miles de muertos entre la población civil».

«El mundo desarrollado no reacciona. Estados Unidos y la Unión Europea no se ponen de acuerdo en las medidas a emplear».

Era como si cada parte de ese amplio escritorio estuviese acostumbrada a tener reservado un espacio para cada dossier. Para cada desgracia.

En las paredes del despacho colgaban innumerables fotografías. Reflejaban las sonrisas y los saludos de muchas y variadas personalidades del mundo con los diferentes Secretarios que había tenido la organización.

Alguien llamó a la puerta del despacho antes de abrirse.
–Es la hora, señor Secretario.

Asintió con la cabeza y la mujer volvió a cerrar la puerta. Durante los dos minutos siguientes se quedó observando los retratos. No había ninguno suyo colgado.

«Ni lo habrá –pensó– mientras esté yo aquí».

Si en esas paredes tuviera que haber fotos suyas, sería su sucesor en el cargo quien lo decidiría. Las instantáneas en las que él aparecía se encontraban cuidadosamente encuadradas en archivadores apilados en el fondo de uno de los armarios, fruto del trabajo del ingente aparato burocrático de la casa. Desde el primer momento ordenó que así se hiciera; no quería más notoriedad que la imprescindible e inevitable a su cargo.

Ligado a la carrera diplomática durante toda su vida, llevaba en aquella institución los últimos diecinueve años, y ocupaba el máximo cargo de la misma desde hacía dos meses.

Los suficientes para conocer todos los entresijos internos de un organismo como aquél. Se acercó a la inmensa pared de cristal blindado con vistas a la ciudad.

La contempló pensativo... Se giró y observó, una vez más, todos los expedientes de su escritorio, todas esas «llamadas de auxilio». Miró el horizonte. Tenía los ojos acuosos de quien no puede reprimir la congoja que siente en su corazón, pero tampoco puede permitirse exteriorizarla. Desde el exterior se hubiese podido obtener una instantánea digna de la portada de cualquier rotativo: el Secretario General oteando, con la mirada pensativa, primero el horizonte y después las calmadas aguas del río Hudson desde su despacho en el piso 34. A los pies del insigne edificio, una ola ondulante multicolor formada por la incesante fila de banderas, símbolo inequívoco de la representatividad de la institución: la ONU.

A continuación, levantó la mirada hacia el cielo.

—No podemos continuar así —decidió.

* * *

Apenas abrió la puerta de su despacho, la calma y el silencio desaparecieron por completo, dejando lugar al rumor incesante de varias conversaciones telefónicas, así como al numeroso trasiego de personas y documentos.

—He recibido la confirmación de las cinco delegaciones, señor Secretario. Le están esperando.

—Gracias, Sarah. Indíqueles que ya voy, o la incertidumbre les hará perder el apetito.

—Sí, señor.

—Por cierto, Sarah, ¿ha podido contactar con monseñor Dasso?

—No, señor, pero lo seguiré intentando.

–De acuerdo; pero recuerde, no utilice intermediarios, transmítale personalmente mis instrucciones.

–A las 22.00 horas en la diócesis de la iglesia católica en Río...

El Secretario levantó la mano sugiriéndole discreción.

–Indíquele al piloto y al servicio de seguridad que iré directamente al aeropuerto desde el restaurante.

Ni siquiera esperó confirmación visual de su secretaria para iniciar el trayecto hacia su lugar de reunión. Sarah se quedó observándole mientras se alejaba, y musitó un breve «suerte».

* * *

Nelson da Silva era una de esas personas que enorgullecen a una nación cuando la representan allí donde van. De aspecto afable y con una clara jerarquía de valores, su presencia transmitía tranquilidad y confianza, características de las personas de cierta edad y, sobre todo, poseedoras de una enorme experiencia. Ambos atributos y grandes dotes diplomáticas los tenía este brasileño de cincuenta y siete años que se encontraba en la plenitud de su carrera profesional. Era un hombre de muy poco cabello –razón por la cual había decidido llevar siempre la cabeza completamente afeitada–, perilla y bigote canosos y un cuerpo que denotaba el exceso de horas que pasaba en los innumerables despachos que formaban parte de su *modus operandi*.

En este caso, sin embargo, el brasileño representaba no a una, sino a todas las naciones, y era su romántico e ingenuo cometido el hacer de éste un mundo feliz, o al menos, más solidario. Durante el trayecto al restaurante estaba completamente ensimismado en sus reflexiones y no prestaba dema-

siada atención a los movimientos y gestos de los integrantes del cuerpo de seguridad.

–El «viajero» se pone en marcha –comunicó uno de ellos.

–De acuerdo. Aquí en el restaurante las cosas están tranquilas –respondió otro.

–Llegaremos en unos veinte minutos.

* * *

El restaurante no se encontraba a mucha distancia de la sede de la institución, pero los escoltas sabían que en esa época del año resultaba complicado circular por la ciudad, sobre todo teniendo en cuenta las instrucciones de discreción absoluta y de ausencia de sirenas y escolta policial.

Nueva York estaba preciosa en diciembre. Un manto de nieve confería a la ciudad un aire de pureza, como si la propia Naturaleza quisiese dejar constancia de que, aunque el hombre se empeñe en querer alcanzar el cielo con sus estructuras artificiales de cristal y hormigón, ella seguiría bendiciendo esas calles con su imperturbable oro blanco, igual que lo venía haciendo durante siglos en lo que, hacía casi quinientos años, no eran más que campos y bosques habitados por unos cinco mil aborígenes de la tribu lenape, antes de la llegada de los europeos.

Resultaba fascinante imaginar, a través de los edificios, por sus calles, en los parques y en los cruces infestados de semáforos, a todos esos hombres y mujeres que en el pasado vivían de lo que constituía su sustento: la agricultura y la caza. ¿Se imaginan a esas mujeres agachadas en la tierra recolectando maíz en el espacio que hoy ocupan la iglesia de San Pedro de Nueva York y la *Barclays Tower*? ¿Pueden sentir

la tensión de aquellos hombres que, encaramados en los árboles del City Hall Park, esperaban que su víctima, un ciervo de cola blanca o tal vez un oso negro, cayese en su trampa para abalanzarse sobre ella? También conocidos como «leni-lenape» o «gente de verdad», poco podían imaginar que su entorno se convertiría en el futuro en la cuna de las finanzas mundiales.

Sin embargo, esa misma nieve que antes bendecía y nutría la tierra, ahora suponía un serio inconveniente para el tráfico rodado de la ciudad.

Nelson desconocía si sus antecesores en el puesto habían intentado introducir reformas que implicasen siquiera un mínimo atisbo de modificar el mundo, el actual e injusto *statu quo*; pero si lo habían hecho, el resultado era prácticamente nulo. O al menos ésa era la percepción que él tenía, por no mencionar la desidia y la inexistente esperanza de la inmensa mayoría de la población mundial respecto a ver un día algún avance significativo en este sentido.

«¿Tan mal lo hemos hecho? –reflexionaba para sí Nelson–. Y, lo que es peor, ¿tan mal lo seguimos haciendo?»

Se negaba a ser considerado un mero cargo político elegido como moneda de cambio, fruto de la negociación de los intereses partidistas de las naciones más poderosas. Precisamente había citado a sus representantes. Una cena extraoficial, o al menos ése era el carácter que Nelson había querido transmitir, pues deseaba que el encuentro fuera lo más informal posible. Deseaba conocer de primera mano la predisposición de los que sabía que le vigilaban estrecha y continuamente para cambiar realmente el orden de las cosas..

El ruido de la puerta al abrirse le rescató de sus pensamientos.

–¡Hemos llegado, señor! –anunció uno de los miembros del cuerpo de seguridad.

Por indicación suya, su equipo había elegido un local íntimo y discreto pero lo suficientemente amplio como para que pudiese albergar a todo el personal de seguridad que inevitablemente conlleva una reunión de tales comensales.

Con la determinación propia de su cargo, Nelson abandonó el vehículo adentrándose por un pasillo enmoquetado, flanqueado por unas hileras de pequeños pero hermosos abetos, y que finalizaba en una placa de forja con el nombre del local, *In You*. Estaba iluminado únicamente por la tenue luz de un par de velas, lo que confería al lugar un ambiente natural y rústico, un oasis en aquella selva de cristal y cemento llamada Manhattan. Aunque aún era pronto, ya estaba oscureciendo sobre la ciudad nevada.

–Buenas tardes, señor –le saludó el gerente, indicándole la dirección donde esperaban el resto de invitados.

Nelson le respondió con un ademán de cabeza. A punto de comenzar la reunión, el Secretario General seguía inmerso en sus pensamientos, en la decisión que había tomado. Aquella cita con los representantes de las principales potencias mundiales no cambiaría su deseo de emprender unas reformas que intentasen mejorar este mundo, el que él anhelaba.

Los invitados eran los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU: Allan Milton, en representación de EE. UU.; James Doyle, por el Reino Unido; Oleg Sokolov, por la Federación Rusa; Liang Zheng, que representaba a China; y Étienne Betancourt, por Francia.

–Buenas tardes, señor Secretario –saludó formalmente Étienne.

–Ya veremos, señor Betancourt, ya veremos... –respondió un enigmático Nelson.

Étienne Betancourt era un empresario exitoso y católico, casado y con tres hijos. Se encontraba excelentemente relacionado con las altas esferas políticas de su país, las cuales le habían ofrecido un año antes la silla de representación

francesa en la institución mundial. Su reconocida capacidad diplomática, así como la experiencia y la extensa cultura de este sexagenario, hacían de él un demandado contertulio en los interminables compromisos sociales inherentes a su cargo.

–Buenas tardes, caballeros, confío en no haberles hecho esperar demasiado.

–En absoluto, señor Secretario –se apresuró a indicar el señor Doyle quien, junto con el resto de personalidades, se encontraba conversando de pie, formando un círculo.

James Doyle era un hombre casado y padre de dos hijos. Diplomático de carrera y representante británico desde hacía más de veinte años, aunque surcada de canas, todavía conservaba una decente mata de pelo en la cabeza de típicos rasgos anglosajones. Ocupaba su silla en la ONU hacía un par de años. Aunque, al igual que la mayoría de sus predecesores, había quien dudaba sobre si pasaba más tiempo sentado en la de los EE. UU.

–El señor Milton, con la inestimable ayuda del señor Doyle, nos estaba amenizando la espera con una notable y creciente especulación sobre los motivos de la presente citación –ironizó el representante ruso.

Era Oleg Sokolov, antiguo analista militar. Soltero por obligación, de ojos y pelo negros, poseía la mirada triste y la actitud acorde con el poder que antaño representó la unión de las extintas repúblicas soviéticas. Muy resolutivo, anhelaba poder ser más autónomo en sus decisiones, lo que le había provocado más de un problema y granjeado enemigos. Entrado ya en la cincuentena, era probablemente el más joven de los cinco representantes permanentes del Consejo de Seguridad.

–¿Por qué razón el ser humano tiene que ser siempre tan intrigante? Esto es algo que, de no ser así, nos hubiese evitado trágicas consecuencias en el pasado. Afortunadamente, y aunque tan sólo sea por una vez, la prensa no está informada de esta reunión –ironizó Nelson.

A una indicación suya todos pasaron al comedor. Durante la comida conversaron acerca de todo tipo de banalidades: desde qué destino era más exótico para viajar en Navidades, hasta el conocimiento de enología que poseía cada uno. En este tema, y como no podía ser de otro modo, llevaba la voz cantante Étienne, que siempre que surgía la oportunidad, hacía honor a la reputación de Francia en este aspecto. Todos parecían encontrarse cómodos y relajados, lo que era del agrado de Nelson, para quien un ambiente distendido y prenavideño constituía la mejor atmósfera posible para la sobremesa que anhelaba.

—Y bien, señor Secretario, ¿nos querrá informar ahora del motivo de la presente velada?

Quien había preguntado era Allan Milton. Divorciado y sin hijos; ése era el precio que había tenido que pagar por una excesiva dedicación a su carrera política, que había culminado con la responsabilidad de representar a la primera potencia del mundo en la ONU. De cabello escaso y canoso, era el de mayor edad de todos los reunidos en la mesa. Acreedor de un carácter gruñón y numerosos espolones, fruto de la extensa experiencia acumulada en su dilatada trayectoria profesional y conocedor de muchos secretos, estaba habituado a moverse entre bastidores.

—Sin duda, señor Milton, aunque tal vez les decepcionen las causas que me han llevado a convocarles a todos ustedes aquí esta noche.

—Romántico, incluso iluso... es muy probable. Pero usted... ¿decepcionante? Permítame que lo dude.

Esta vez se trataba de Liang Zheng, alto cargo del partido comunista. Estaba casado y tenía un hijo a quien intentaba inculcar la grandeza inigualable de la República Popular China. De carácter seco y directo, férreos conceptos y creencias transmitidas por la dirección de su partido, apenas tenía capacidad para la improvisación. Tenía un pelo abundante, era

muy moreno y de ojos rasgados. A diferencia de otros miembros, su afiliación al partido no se había producido por tradición familiar, sino por convicción personal. Oleg y él eran los representantes más jóvenes de los miembros permanentes del Consejo.

–Creo que me tiene en demasiada estima, señor Zheng.

–De donde yo procedo no es muy habitual regalar halagos, señor Secretario. Es el precio a pagar por tener como virtud la sinceridad –dijo Liang Zheng, con un sentido orgullo patrio.

–Permítame reiterarle una vez más, y creo hablar en nombre de todos, nuestra más sincera felicitación por su reciente nombramiento –enfaticó el señor Doyle.

Con un gesto, Nelson agradeció al representante inglés sus palabras, aunque no era hombre al que le agradase la adulación, máxime si se recibía de manera gratuita por quienes habían negociado su elección.

–Veamos, caballeros, ¿alguno podría indicarme la labor actual de nuestra institución?

Todos se miraron extrañados por la pregunta.

–¿Se trata de una pregunta de examen? –preguntó Allan en tono sarcástico.

Una estruendosa risotada se oyó por toda la estancia. Todos rieron.

Todos menos uno.

–¿Lo encuentran gracioso, caballeros? –preguntó en tono serio y cortante Nelson–. Simplemente me gustaría conocer sus opiniones.

Donde instantes antes habían resonado las carcajadas, ahora reinaba el silencio más absoluto. Se dieron cuenta de que el motivo, la verdadera naturaleza de la reunión, había comenzado.

–Disculpeme, señor Secretario, entiendo que las fechas en las que estamos invitan a actos de reflexión, purificación de

la conciencia y todas esas costumbres mojigatas y religiosas, pero imagino que no habrá convocado esta reunión sólo para hacernos partícipes de ello.

—¿Y si así fuera, señor Doyle? —inquirió Nelson.

Sin haberlo premeditado, el Secretario quiso dejar claro que no permitiría ironías sobre sus reflexiones.

—De acuerdo..., de acuerdo, caballeros, veamos... —intervino Étienne apaciguando los ánimos—. Supongo que garantizar el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, así como...

—Por favor, señor Betancourt, no insulte mi inteligencia —le interrumpió Nelson molesto—. Una cosa es la teórica función por la que se fundó en origen esta organización, y otra bien diferente el papel que desempeña en la actualidad.

—¿Acaso prefiere el señor Secretario debatir sobre la participación de nuestro organismo en la lucha entre el bien y el mal? —añadió de modo irónico Allan, mientras guiñaba el ojo a James y aspiraba una calada del enorme habano que se estaba fumando.

Nelson estuvo a punto de perder el control pero se conformó con lanzar una mirada inquisitoria al representante de Estados Unidos.

De las seis personas que se encontraban reunidas en la mesa, dos todavía no habían expresado opinión alguna. De hecho, ambas no hacían sino observar con una mezcla de estupor y escepticismo la actitud del Secretario General. Tanto el representante de la Federación Rusa como el de China disfrutaban del espectáculo que suponía la confrontación dialéctica entre el máximo dirigente de la institución y quienes habían influido en gran manera en su designación. No dejaba de ser una tremenda ironía. Ambos pudieron ver la enorme decepción reflejada en el rostro de Nelson. ¿Acaso le habían juzgado demasiado pronto como un mero títere de las potencias occidentales?

–No, señor Milton, tan sólo estaba reflexionando, entre otros asuntos, sobre el grado de cumplimiento de los ocho objetivos del milenio de la institución que yo represento, y de la que ustedes forman parte. Más aún, me van a permitir que les muestre mi escepticismo, estando completamente convencido de que la mayoría de esas metas no se alcanzarán para la fecha establecida... salvo que se dé un cambio en la actitud de todas las naciones, empezando por las asistentes a esta mesa.

–Señor Da Silva, no sé si alcanzo a entenderle –comentó Oleg Sokolov profundamente sorprendido.

–Creo que sí me comprende, mi querido amigo. Ya no vale con los tradicionales procesos, con los métodos estándares, con actitudes de superioridad anquilosadas en un pasado que forma parte de los libros de Historia... Necesitamos una reconfiguración mundial. ¿Cuándo nos vamos a dar cuenta de que el mundo entero es un ente en el que todos dependemos de todos?

–Señor Secretario, ¿nos está acaso diciendo que el actual estatus de jerarquía entre los países debe cambiar? –preguntó estupefacto Liang Zheng.

–Entre otras cuestiones... –afirmó rotundamente Nelson.

–¡Eso es completamente inadmisibile! –protestó Allan, golpeando la mesa con el puño.

–¡Del todo absurdo! –exclamó James, alineándose con Allan.

–Vaya, señor Secretario, y yo que pensaba que iban a ser unas navidades tranquilas y sosegadas –continuó Oleg, sorprendido–. Le diré algo: no creo en cuentos de hadas pero sí en la voluntad firme y decidida de las personas. Yo sería el primero en seguirle ciegamente, pero necesito creer, señor Da Silva. Necesitaría ver una dirección resolutiva e impermeable a influencias externas, habituales por otra parte en la historia de esta institución. Y en este sentido, señor Secretario, permítame que dude de que Occidente vaya a realizar la

más mínima cesión.

—No se trata de tomar decisiones concretas hoy aquí. Lo único que pretendo es conocer su grado de apoyo y vinculación personal a las futuras actuaciones que se determinen, encaminadas a acelerar la consecución de todos los objetivos que nos marquemos, aunque impliquen un cambio en las reglas de juego —sentenció Nelson.

Allan no podía dar crédito a lo que estaba presenciando. ¿Cómo era posible que la persona cuyo nombramiento había recibido el respaldo político de su país tuviese aquella actitud? Era obvio que alguien en Washington no había realizado sus deberes. Una actitud como aquella, tan «revolucionaria», no se adquiere de la noche a la mañana, pensó Allan. Era imposible que hubiese pasado inadvertida a los analistas políticos. Sobre todo, a los de métodos menos “convencionales” como Langley¹. Iban a rodar cabezas.

—Ésta sí que es buena. Pues, ¿no nos está pidiendo que le demos carta blanca? —cuestionó en voz alta James Doyle, mientras dirigía su mirada hacia el resto de contertulios—. Mire, señor Secretario, yo creo en esta institución y en sus mecanismos de control, no en vano se han estudiado y analizado durante mucho tiempo. Su extensa aplicación a lo largo de todos estos años constituye el mejor aval de su correcto funcionamiento.

—¿Califica de «correcto funcionamiento» el todavía existente anacrónico derecho de veto? ¿Cómo es posible que una sola nación pueda tener la posibilidad de rechazar una propuesta que ha parecido correcta a la inmensa mayoría? —refutó Nelson.

—No cualquier nación, señor Da Silva, no cualquier nación... —matizó irónicamente Allan.

—Por eso mismo, señor Milton, tal vez ha llegado la hora

1 Sede de la Agencia Central de Inteligencia (CIA).

de que todos los países nos empecemos a sentir iguales integrantes de un ente mayor, y por ende, al servicio exclusivo del bien común, la Humanidad, y no de los intereses particulares de ciudadanos de determinadas naciones –reflexionó Liang Zheng.

–Discúlpeme, señor. ¿Intenta darme clases de moralidad el representante de una nación que se caracteriza por la inexistencia de democracia? –rebatió Allan.

–Tal vez, señor Milton, tal vez. Pero tan cuestionable es esa situación como la de atribuirse libertades y funciones bajo la coartada de actuar como policía mundial en nombre de la paz –atacó Oleg quien, en su contestación, ni siquiera miraba a Allan, sino que tenía la vista fija en un tenso pero seguro Nelson. Continuó en voz alta–. Veamos, señor Secretario, si no le he entendido mal, intenta buscar en nosotros, miembros permanentes del Consejo de Seguridad, un apoyo incondicional a su mandato, el cual quiere que se constituya en un impulso decisivo para avanzar en los objetivos del milenio. ¿Acaso no tenemos todos los aquí presentes ese deber por las funciones inherentes a nuestros puestos? Más aún, tenemos esa responsabilidad desde un punto de vista ético y religioso. –Todos observaban con sumo interés la exposición de Oleg–. Sin embargo, señor Da Silva, para cerciorarse de ello, nos convoca a una reunión extraoficial, en pleno periodo navideño y con la más absoluta de las discreciones, sin presencia de prensa y con nuestro personal de seguridad más íntimo alojado en otra sala desde donde les resulta del todo imposible escucharnos. A decir verdad, dudo incluso de que oyeran hasta el estallido de una granada. ¿Va a decirnos qué desea realmente de nosotros?

El silencio era sepulcral y la tensión máxima. Por primera vez en toda la tarde, todos los miembros del grupo estaban absolutamente de acuerdo en algo. Coincidían plenamente con el representante de la Federación Rusa. Miraron al Se-

cretario General esperando una respuesta convincente. Como la que en su día, y ante la Asamblea General, dio el entonces Secretario en el año 2000, cuando los líderes mundiales se comprometieron a lograr los objetivos de desarrollo del milenio. Eran ocho sueños, compendio de los esperanzadores deseos de cualquier ser humano:

- Erradicar la pobreza extrema y el hambre
- Lograr la enseñanza primaria universal
- Promover la igualdad entre los géneros y la autonomía de la mujer
- Reducir la mortalidad infantil
- Mejorar la salud materna
- Combatir el sida, el paludismo y otras enfermedades
- Garantizar el sustento del medio ambiente
- Fomentar una asociación mundial para el desarrollo.

—Su firme y decidida voluntad de avanzar para hacer de éste un mundo más humano, solidario y, en la medida de lo posible, para encontrar un modelo de felicidad, aunque ello implique cambios de calado de todo tipo... —respondió decidido Nelson.

—En mi opinión, y creo que en la de todos los aquí representados, huelga reiterarle nuestro apoyo, señor Secretario — aseveró un cauto James Doyle—. Todos deseamos encontrar la manera más eficaz de llevar a cabo la tarea para la que hemos sido elegidos. No obstante, dudo que fuera bien interpretado por nuestros respectivos compatriotas el que, en el desarrollo de nuestras funciones, realizásemos algún tipo de actuación que conllevara un cambio significativo en su calidad de vida, por no hablar de las consecuencias que tendría actuar sin la correspondiente autorización de nuestros Parlamentos.

—Se lo vuelvo a repetir, señor Doyle; es evidente que no busco un compromiso escrito de todos ustedes. Eso carecería

de sentido, ya que ustedes no tienen la potestad para ello ni yo la ingenuidad de pedírselo. Sólo intento hacerme una idea de la voluntad real que tenemos todos los de esta mesa de intentar actuar de una manera decidida.

Todos permanecieron intencionadamente callados, ninguno quería recoger el guante que, una y otra vez, les lanzaba el Secretario General. Las potencias occidentales no moverían ficha cuando su situación era tremendamente cómoda y privilegiada. Además, ni el Reino Unido ni –en menor medida, pero aliado al fin y al cabo– Francia realizarían actuación alguna sin obtener el consenso con la primera potencia mundial y Estados Unidos no iba a ser precisamente la nación que pondría el cascabel al gato, máxime cuando actuaba y era reconocido por muchos como el bastión de la paz mundial. Sería absurdo, por no decir peligroso, emprender reformas que nadie sería capaz de prever dónde finalizarían.

Por el contrario, y en contra de toda lógica y sentido común, Nelson pensaba que tal vez el representante chino y el ruso tendrían el valor de intentar unas reformas que al Secretario General se le antojaban imprescindibles. Pero infravaloró el férreo control que ejercían sobre sus afiliados los respectivos partidos políticos de ambos países. Y tanto la República Popular de China como la Federación Rusa entendieron que, en la actual coyuntura mundial, no sería visto con buenos ojos realizar actuaciones conjuntas encaminadas a formar un nuevo eje político contra Occidente que pudiese ser interpretado por la opinión pública como una especie de nueva «guerra de bloques».

Nelson se sentía hastiado, defraudado por la miseria humana materializada en forma de egoísmo, pero, sobre todo, por la clamorosa y preocupante falta de valores existente en el mundo actual. ¿Dónde habían quedado el sentido común, el honor, la justicia o la tan vapuleada bondad? Por un instante, se avergonzó de pertenecer a la clase dirigente, de ser el re-

presentante de una institución que debía ser garante de valores en los que ya nadie pensaba o en los que ya nadie parecía creer. Pero ahora que los estaba observando se daba cuenta de que en realidad era la ciudadanía la que no se merecía tales representantes.

La Organización, como tal, era necesaria. Pero como tantas veces había sucedido en la Historia, las ideas por sí solas no valen para nada; requieren del tesón de alguien que las lleve a cabo. Nelson no buscaba la gloria, sino tan sólo hacer bien su trabajo. ¿Qué diría la opinión pública si supiese la realidad? ¿Cuál sería su reacción si conociese que parte de sus impuestos iban a parar a una institución en la que lo único que preocupaba a sus integrantes era mantener el *statu quo*?

Probablemente estaba siendo demasiado exigente con las personas que se encontraban sentadas alrededor de la mesa. Él ya sabía que ellos no eran sino simples marionetas a las órdenes de sus gobiernos, sin capacidad de maniobra. Pero se dio cuenta de que ninguno de ellos tendría el valor personal de dar un paso al frente. Nelson da Silva pudo corroborar esa tarde lo que ya sospechaba: el sistema estaba enfermo y no funcionaba. Y la mayor prueba de ello era la vergüenza que sentía por su ingenuidad, por haber albergado un pequeño resquicio de esperanza al convocar aquella reunión en busca de una, aunque fuera mínima, complicidad constructiva.

—Creo, señor Nelson, que nos ha quedado a todos clara su decidida determinación a dar un empuje durante su mandato a los objetivos establecidos por la organización, por lo que propongo que en próximas fechas establezcamos un calendario de reuniones donde los aquí presentes podamos reflexionar y aportar medidas a incorporar —intervino diplomáticamente Étienne Betancourt.

«Claro, así podréis consultar con vuestros superiores la actitud que mantener en el futuro, y ganar tiempo para vol-

ver, una vez más, a negociar entre vosotros cómo conservar vuestras respectivas cuotas de poder», pensó lacónico Nelson, quien, no obstante, hizo un gesto afirmativo a las palabras protocolarias y vacías de Étienne y al resto de invitados, dando de esa forma por cerrada una velada que no quería ya alargar más.

Tendría que intentar buscar la solución él mismo. Ahora estaba solo.

Rogó a Dios que le guiase en el camino que había decidido emprender.